

BUSCANDO

nuestro

Situarnos en la vida no es sencillo. Al menos, si queremos hacerlo de modo personal, sin vivir de las rentas —fama, prestigio, un apellido ilustre— de nuestros ascendientes. Sin embargo, es preciso. Un sentido realista de madurez colectiva nos empuja a buscar en cualquier orden de cosas al hombre que ha encontrado “su” destino y “su” personalidad en forcejeo valiente con la vida. Queremos abogados *sin rutina*, sacerdotes *responsables* que sepan comprender nuestro punto de vista antes de dar el suyo. Admiramos a esos hombres de lucha que han sabido situarse honradamente, robando muchas horas al descanso y a la vida fácil. Hoy se exige más de todos y eso es bueno. Una de las mayores alabanzas que damos a los hombres cuando su estilo humano nos convence es decir simplemente: “Fulano está en su sitio”. Casi sin darnos cuenta, hacemos teología.

N O T A S P A R A

J. Morales Molero S. J.

“Estar en nuestro sitio” es una buena síntesis de nuestra vida como “plan” o “destino”. Toda espiritualidad (no olvidemos que esa palabra encierra la concepción total del mundo trascendente y del visible) se reduce a encontrar y poseer ese centro vital en donde Dios nos quiere: *punto de cita de Dios y de las cosas para un hombre concreto, en un clima de paz y unidad espiritual.* ¿Existen tantos “sitios” o “destinos” en la vida como individuos hay? Yo diría que sí, al menos en la intención de Dios. Otra cosa es que nosotros, con nuestro prosaísmo, nos esforcemos en standardizar lo que es originariamente irrepetible. No hay dos hombres iguales. Tampoco hay dos “destinos” exactamente iguales. La primera tarea de todo hombre que quiera “poseerse” es buscar “su” destino.

A la hora de elegir

Una búsqueda externa de “nuestro” destino —la del espectador que llega al teatro comenzada la obra y descubre dos sitios en la fila novena— puede ser cosa fácil: ahí están los periódicos con sus convocatorias a oposiciones y “anuncios por palabras”. Pero sentirnos “a gusto” en nuestro propio destino exige de nosotros un esfuerzo que a veces esquivamos.

El problema del “sitio” es problema de síntesis, de armonía. No podemos sentirnos en “nuestro” sitio mientras la naturaleza, la gracia, el propio estado, ese mundo tan nuestro de educación familiar, inserción en el tiempo y el espacio, no sean *en lo posible* la resultante de fuerzas paralelas en el mismo sentido. Subrayo *en lo posible* para evitar angelismos.

SITIO



E L D I A L O G O

Muchos hombres no encuentran "su" destino porque se aferran en mantener un estilo de vida que no es el que Dios quiere para ellos. Y Dios —no lo olvidemos— no sólo nos transmite su mensaje en la oración oculta. No quiere liberarnos del trabajo diario de traducir las cosas, las que son y las que vienen, en palabra de Dios para nosotros. Encontrar "nuestro" sitio lleva en su entraña misma una carga tremenda de sinceridad para ser consecuentes con el destino realista, hecho cosas y hombres, que Dios nos ha asignado.

Otro escollo egoísta puede hacernos errar en la búsqueda sana de "nuestro" destino. Pensamos que los hombres son islotes de piedra, con su sol de bolsillo, su palacio encantado y unos ojos románticos clavados en el cielo... No es ese nuestro mundo. Dios se respeta demasiado a Sí mismo y respeta demasiado nuestra individualidad para "repetirse" en nosotros. Pero, al mismo tiempo, ha hecho depender nuestro destino del de los otros hombres. No deja de ser aleccionador en este punto echar una mirada a esos profesionales del servicio de Dios—canonizados o sin canonizar—que son los santos. Ni Carlos de Foucauld, testigo silencioso de Cristo en el desierto, ni Javiera Cabrini, la dulce madre de los emigrados italianos en Norteamérica, pueden ser comprendidos sin captar en su estilo un amor apasionado a los hombres del desierto o al rostro interrogante de esos emigrados. Es posible que, aislados, no hubieran sido santos. Dios lo sabe.

Pero esta interacción entre hombres y "destinos" no es tan solo un problema de estética hagiográfica o cinematográfica (el tópico de la monjita que reparte sonrisas entre los negros y los de fiende del "malo"). Va injertada esta trama de destinos en una teología del mundo y de los hombres, que avanzamos hacia Dios *comunitariamente*. Estos hombres, hurraños o despreocupados, que jugamos a viejos cuando niños y a niños cuando viejos, no somos

un conjunto de ermitaños que rozan sus sonrisas los domingos para volverse luego al cultivo del huerto o al rezo solitario. Nos dice el Evangelio que no hay santidad auténtica sin relación cordial con ese personaje que camina a mi lado. No conviene olvidarlo al buscar "nuestro" sitio.

La tarea de los hombres, en lo natural y en lo sobrenatural, no es labrar su estatuilla de marfil y presentarla a Cristo (cada uno la suya) el día del Gran Encuentro. Eso sería "bonito", al menos para algunos, pero insignificante. El destino del hombre —ser en comunidad— es más apasionante: presentar ante Cristo, en íntima comunión con los "hermanos", un mundo renovado. Mundo en el que las cosas materiales vibren de plenitud, llevadas hasta el término sus posibilidades. En el que los hombres apoyen a los hombres en su marcha hacia Dios y en su marcha hacia sí mismos (que no es tampoco fácil). Algo así como la trama de un inmenso tejido en el que cada hilo aporta su fuerza al conjunto y es también sostenido por el mismo conjunto.

Desde esta perspectiva, la búsqueda de "nuestro" sitio cobra un sentido nuevo. No es indiferente para Dios el que un buen talento se mecanice en una ventanilla por falta de recursos para costearse una carrera. Ni el que un chico de "buena posición" pierda tiempo y dinero, si es que no adquiere vicios, porque se empeñe en hacerse ingeniero sin tener cualidades para ello. Si no es indiferente para Dios, tampoco debiera serlo para nosotros, aunque para eso hubiera de interesarse nuestro propio bolsillo.

Las buenas cualidades, naturales o sobrenaturales, tienen una ineludible función social. Pueden hacer al mundo un bien sensible si sabemos unirlas de "destino". Más aún: *sólo cuando descubrimos nuestro propio destino en*

ese inmenso mundo de cosas y de hombres dependiendo entre sí, encontramos nuestra propia personalidad. Porque la personalidad es esencialmente fuerza creadora, tensión por realizarnos según el plan de Dios. En ese realizarnos, fieles al destino solidario con los demás hombres, encontramos la unidad de espíritu traducida en paz y en energía.

Las «fórmulas felices»

En ese esfuerzo personal por buscar «nuestro» sitio, tampoco debiéramos aferrarnos demasiado a «fórmulas felices» para esquivar los malos ratos. Creo que se ha abusado más de la cuenta, para tranquilizar nuestras conciencias o nuestra pereza, de la conocida distinción de cosas que me obligan «por justicia» y otras *nada más* que «por caridad». Quizás el *nada más* debiera traducirse *nada menos!* Así lo hicieron los santos, que en materia de amor son los intérpretes más autorizados.

Una deontología que tienda a convertirnos en profesionales de «lo justo», sin hacernos al mismo tiempo profesionales del amor, falla en algo esencial; no nos sirve del todo para encontrar «nuestro» sitio. Llevamos en nosotros un lastre no pequeño de aquella «aura mediocritas» del poeta romano que, por lo menos, no es fórmula cristiana. Ese lastre ambiental puede viciar nuestra elección del «sitio». Se ha hablado demasiado de equilibrio, de prudencia en la vida, de no comprometerse. Y por esa prudencia que se ciñe a lo justo, que no arriesga la vida ni el bolsillo por salvar al hermano, hay muchos «descitrados». Quizá no lo sepamos. Pero el mundo sería mucho mejor si fuera de otro modo. También los hombres.

Ante nuestros «fracasos»

Una última pregunta interesante: ¿qué hacer si en esa lucha por buscar «mi» destino, una fuerza independiente de mis cualidades paraliza mi esfuerzo? ¿Si en vez de un buen abogado, tengo que contentarme con ser un oficinista inteligente? Esa fuerza sería la penuria económica, la injusticia social, un dolor inesperado, la imposición paterna... sin olvidar tampoco la propia volutad que no supo o no pudo o no quiso aprovechar los años mejores.

El problema es difícil. Doy por adelantado que sólo una fe adulta y un sentido común nada vulgar pueden solucionarlo adecuadamente: tocamos en su crudeza el sentido teológico de los llamados «fracasos humanos». Si al leer lo que sigue, alguien viene a decirnos que ésto son «componendas», no discutamos. La fe nunca se impone por una discusión; ni el sentido común: los goza quien los tiene.

Desde luego, la actitud simplemente «resignada» ante el fracaso humano, casi a regañadientes, no me parece apta para engendrar la paz. Temo que en la resignación, tal como la entendemos muchas veces, hay mucho de estoicismo y poco de cristiano. Tampoco me convencen los «providencialistas» con minúscula: los que intentan diluir alegremente la propia responsabilidad en una especie de fatalismo o de armonía preestablecida. Ni me convencen los rencorosos con la vida. Ni los agresivos. Ni los que no perdonan.

Los fracasos humanos sólo pueden medirse a la luz del Evangelio. Pero para leer limpiamente el Evangelio necesitamos desprendernos de ese racionalismo «triunfante» que estructura la vida arquitectónicamente según unas dimensiones que no son las de Dios. No añoremos nunca una geometría teológica de vida paradisíaca sin miseria

ni llanto. Ni hagamos de la fe un humanismo que escoja solamente los aspectos amables de la vida —cualidades humanas al máximo, ingenio, simpatía— sin amar lo doloroso, lo desconcertante, lo absolutamente ininteligible para nuestro pobre corazón caído. Sólo aquel que comprende el misterio de la Redención hecho “fracaso humano” en Cristo, está capacitado para enfrentarse sanamente con su propio fracaso.

Redimir no es crear amables estructuras sociales (“todo está previsto”) en las que un cristianismo “acondicionado” nos convierta en unos piadosos burgueses de lo espiritual. Es sentir sobre nosotros la miseria de otros; cargar en nuestros hombros los pecados del mundo, con todo lo que tienen de repugnante, de locura, de falta de sentido. Con esta luz redentora nos acercamos a las íntimas raíces del sacerdocio cristiano del que todos los “bautizados en Cristo” participamos. Nuestro “fracaso humano”, aceptado con ojos de fe, nos actualiza como sacerdotes de la creación. Ofrecemos a Dios, sin aspavientos, unas cualidades humanas que, en parte, han quedado ocultas o menos desarrolladas por un misterio (¿voluntad? ¿permisión?) de Providencia que sólo conocemos en confuso. Ofrecemos también, claro está, el sacrificio de un tenor de vida más humilde, a semejanza de Aquel que “*siendo rico, se hizo pobre por nosotros*” (2 Cor. 8,9). Si sabemos leer el Evangelio, no nos veremos lejos de Cristo, obrero manual, ni de aquella sorprendente galería de “hombres nuevos” que encontraron a Cristo a través del fracaso: hombres de Emaús, San Pablo, el “buen” ladrón... Es probable que la vida —nuestra pequeña vida— cubre para nosotros un apasionante sentido de importancia: más que hacer grandes puentes o almacenar millones. *Seremos más que nunca “hombres con destino”*. Un destino irremplazable, sacrificial, que nos transforme en puente entre Dios y los hombres.

Y con él, una nueva alegría desconocida: la de los pobres de espíritu que son ricos en Reino de los cielos.

Pero no es eso todo. Queda una consideración humana del problema, nada despreciable: esos valores personales que, contra mi voluntad, parecen parcialmente fracasados, ¿están irremisiblemente condenados a la inacción? ¿pueden valerme de algo en ese medio-ambiente en el que *de hecho* se ha ido plasmando mi vida real? Yo diría que me valen y mucho. Testigo, la experiencia de esos hombres que logran mejorar su situación gracias a un “superavit” de valores encauzados inteligentemente.

Hoy, el hombre de valer, tiene frecuentemente medios de elevarse, incluso en profesiones mediocres, sin poner necesariamente compromisos a su propia conciencia. La experiencia nos dice que donde hay ingenio, hay alza en el nivel profesional y en la estima de los hombres. Esta labor constante de autosuperación puede dar a nuestra vida una profundidad humana y un dinamismo que no siempre se encuentra en los “instalados” definitivamente. Basta pasar revista mundialmente a los hombres de Estado de los últimos decenios: ¿fueron precisamente hombres sin lucha? Sus biografías nos hablan con demasiada frecuencia de principios humildes, de muchos años gastados en profesiones sin brillo. Son, en bastante número, unos hombres lanzados a la vida sin riqueza mayor que la del propio ingenio. Eso sí: mucho entusiasmo, mucho corazón para amar un ideal y mirada al futuro.

Quizás en nuestra escala de hombres minúsculos, un honrado sentido de autosuperación, remando con la vida, ilumine aspectos inéditos de nuestra personalidad que en otras circunstancias se hubieran esfumado ¡Quién sabe si ese encuentro con nosotros mismos nos resultará mucho más interesante que el “destino” soñado!.